

Los retos de un museo actual

Graciela de la Torre

La gramática del desempeño museal ha cambiado dramáticamente desde fines del siglo pasado. Los indicadores para medir el liderazgo de un museo cada vez tienen menos que ver con las coordenadas del modelo moder-

nista, puesto que ahora la eficiencia cualitativa de la acción converge sobre los públicos a los que se debe la institución.

Parece existir un abismo entre el reto de conceptuar un museo vs. la —todavía vitoreada— capacidad de instalar una colección y hacer magnas exposiciones. El vuelco que han dado nuestras instituciones, como eco lejano de la “Nueva Museología”, implica hoy día problematizar la exhibición con ejercicios propios de la multidisciplina, al tiempo de generar estrategias de aprendizaje e interacción para posibilitar la construcción de experiencias estéticas en los públicos.

Tratándose de un museo universitario, como el MUAC, la situación se torna más rica y compleja, puesto que la especificidad de esta tipología museística le permite —si no es que le obliga— a ser productor y gestor de conocimiento y a *enmarcar su acción en el ámbito de la libertad, la exigencia crítica y la experimentación.*

Por ello no debe sorprender que el MUAC se haya concebido en la temporalidad de propuestas cíclicas más que en la previsión de salas para la exhibición; que desde el programa inaugural se planteen estratos de significancia más que temas, vaticinando una práctica postmuseística abierta a lo múltiple y no a la linealidad discursiva; que la propuesta educativa de un museo constuccionista haga de *El Ágora* un espacio de interacción, de enlace e intercambio social; que la capitalización rizomática de los dispositivos de almacenamiento documental en el proyecto Arkheia y su distribución pública en redes internacionales, articule una mayor descentralización de



© Benji Domínguez



© Benji Domínguez

las condiciones de acceso al conocimiento, entre otros factores que habrán de conceder su unicidad a la propuesta de este museo universitario.

Un equipo de competencias sobresalientes y profundamente comprometido con la Universidad y con el proyecto MUAC, el capital académico y curatorial que se incorporó en su concepción, la vinculación no sólo con las humanidades sino también con ciencias universitarias, la simbiosis de la propuesta con el talento del arquitecto Teodoro González de León, la generosa confianza de quienes aportaron piezas artísticas y recursos financieros para contribuir a este enorme esfuerzo de nuestra Universidad permiten instalar en el espectro de la vida museística nacional un nuevo paradigma museal.

Ciertamente, hay que admitir que ha sido la Universidad Nacional Autónoma de México la que ha permitido dar luz en México al primer museo de artes visuales en el tercer milenio. Y en un hecho sin precedentes, la Uni-

versidad también hace posible en el MUAC, la visión de las tendencias artísticas de los últimos cincuenta años en México y en adelante, a la vez que alienta la confianza de prominentes coleccionistas privados —como Charpenel y Corpus—, cuya obra permite el diálogo del acervo MUAC con expresiones visuales de otras latitudes. De esta manera, la UNAM reafirma su carácter de garante de la expresión creativa y de pensamiento en un museo que no se legitimará tanto por su propia dinámica, sino por servir a la colectividad a la que se debe.

En este tenor, la Universidad asume al MUAC como un agente productivo, inventivo, difusor de un capital cultural que no se cierne sobre el consenso de verdades cumplidas, sino sobre el ámbito fértil, impredecible, inasible de la condición del arte actual y sus lazos con procesos de autorreflexión crítica y formación de la experiencia humana en el espacio público del museo.

La Universidad asume al MUAC como difusor de un capital cultural que no se cierne sobre el consenso de verdades cumplidas sino sobre el ámbito fértil del arte actual.

Una apuesta al futuro

Ana Garduño

1

La carencia crónica de espacios permanentes para la exhibición del arte contemporáneo, tanto como la inexistencia real de colecciones públicas representativas de las manifestaciones artísticas de los últimos cincuenta años, es tan evidente que ha sido reconocida hasta por la alta burocracia cultural. Para paliar tan crítico hábito de funcionamiento, en 2001 la directora general del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) informó triunfalmente del proyecto de creación de un Museo de Arte Contemporáneo (MAC) y ubicó al frente de dicho plan a quien por entonces se desempeñaba como director del Museo de Arte Moderno (MAM).¹ Pese a lo apresurado del anuncio, el programa se mantuvo en secreto y nunca se reveló el sistema de financiamiento que aplicarían, cuál sería la vocación del recinto, cuál el perfil del acervo a formar y cuáles las estrategias de acopio. La comunidad artístico-cultural fue excluida.

Eran los primeros meses de un régimen que con optimismo se autotituló el “sexenio del cambio”. Y en ese contexto fue que también se dio a conocer el proyecto de la que desde ese momento se popularizó como “megabiblioteca” José Vasconcelos. Hacer nacer dos instituciones culturales de dimensiones monumentales fue la decisión inicial de los eufóricos funcionarios recién llegados a puestos claves dentro del aparato oficial. Pronto se hizo evidente el desinterés de las elites políticas —los verdaderos apoderados de las arcas nacionales— quienes, como sabemos, eligieron sólo uno de los proyectos, aquél que consideraron más lucrativo en términos de imagen pública ya que, a través del faraónico edificio bibliotecario, el régimen pretendió caracterizarse por una supuesta

¹ Judith Amador Tello, “El Museo de Arte Contemporáneo será el MAM mejorado. 40 años para concluir un sueño”, revista *Proceso*, octubre de 2001, www.proceso.com.mx.

preocupación social con base en la atención a las necesidades educativas de una población más amplia que los públicos reales o potenciales del arte contemporáneo. Se trató, sin duda, de una imposición simbólica del libro por sobre el arte en cuanto a instrumento portador de legitimidades culturales de un régimen con prominentes analfabetas funcionales.

En consecuencia, las autoridades del sector cultural abjuraron gradualmente de sus exorbitantes promesas iniciales. A pesar de que en 2002 se anunció que el proyecto del MAC estaba “listo” y que éste implicaba la edificación de un nuevo inmueble, la constitución de una colección de arte mexicano reciente, y que a ello se destinarían de manera inicial 40 millones de pesos,² poco después se desdijeron y limitaron sus expectativas a confeccionar una ampliación del MAM con los justificados argumentos de que en el plan original no se habían contemplado la dotación de bodegas ni auditorio ni biblioteca.³ Tampoco se concretó algo más, además del levantamiento de almacenes y una remodelación superficial del recinto. A pesar de que lo materializado con relación a lo proyectado equivale a un tremendo fracaso de las autoridades encargadas de la gestión cultural en el plano nacional, tales adecuaciones fueron publicitadas en 2006 como si se tratara de grandes logros.⁴

Desde su inicio, el proyecto del MAC fue recibido con incredulidad y rechazo por parte de la comunidad artística. Y no es que no hubiera condiciones de legitimidad para acrecentar los espacios de exhibición del arte con-

² Alfredo Vargas, “Buscan nuevo hogar Biblioteca de México y MAC”, Canal 11, 8 de julio de 2002.

³ Anónimo, “Anuncia fondo para obra”, periódico *Reforma*, 23 de enero de 2003; Judith Amador Tello, “Más que piedras. El olvidado proyecto del Museo de Arte Contemporáneo”, revista *Proceso*, 8 de noviembre de 2004, www.proceso.com.mx.

⁴ Sergio R. Blanco, “Blindan al MAM con alta tecnología”, periódico *Reforma*, 27 de noviembre de 2006.

temporáneo,⁵ sólo que lo apresurado del proyecto hacía temer que se tratara de la erección de un automonumento para el recuerdo perpetuo del sexenio y no de la creación de una institución vanguardista con base en un sólido programa.⁶ Dado el estado catastrófico de los museos adscritos al INBA, hubo consenso en priorizar la instrumentación de un plan de rescate integral y de concederles presupuestos sistemáticos para realizar las indispensables adquisiciones para la refuncionalización de sus discursos.⁷

Como sabemos, esta demanda tampoco fue atendida y un alto porcentaje de los dineros disponibles, más de mil millones de pesos, se concentraron en la Biblioteca Vasconcelos. A la luz del rotundo desastre que ésta ha representado —en términos arquitectónicos, conceptuales y utilitarios— habiendo hecho imposible el cumplimiento de las funciones para las que fue destinada y que la mantienen en reestructuración total desde hace más de un año, no queda más que congratularnos de que aquel malhadado proyecto del MAC no se haya materializado.

II

Un impresionante proceso de realineación e incremento del patrimonio cultural colectivo y sus museos está siendo hoy protagonizado por la UNAM. La llegada a la institución en 2004 de funcionarios con amplia trayectoria en el universo artístico contribuyó a la reconfiguración del sistema de museos universitarios y de espacios propiciatorios para el diálogo cultural —rediseño y ampliación del Museo Universitario del Chopo, remodelación de la Casa del Lago Juan José Arreola, cambio de sede y refuncionalización del MUCA Roma, rescate y reactivación del Museo Experimental El Eco, creación del Centro Cultural Universitario Tlatelolco con dos recintos de exposiciones, el Memorial del 68 y la Galería de arte - Colección Andrés Blaisten—,⁸ *formateando* además una

⁵ En 2003 un grupo de artistas se organizó para intervenir un tramo de la avenida Reforma; repartieron un volante titulado “La toma de Reforma por la cofradía del Chile”. En él demandaron: “la creación de espacios para la expresión artística; un proyecto que propicie, facilite y regule de manera eficaz la intervención prudente de la iniciativa privada en la cultura, ante la inminencia de una menor participación del Estado en la promoción de la cultura en el proyecto neoliberal”. Citado en Mery Mac Masters, “En Reforma, galería ‘larga y abierta’ para defender la cultura”, periódico *La Jomada*, 16 de enero de 2003.

⁶ “Un museo de arte contemporáneo nuevecito, bien pensado, bien equipado [...] serviría de catapulta para que de una vez por todas en el resto del mundo se supiera que aquí ha habido vida artística después de los muralistas [...] Un museo [...] bien planteado estimularía la investigación, la curaduría, la teoría, el coleccionismo y otros campos paralelos a la producción artística [...] La idea de un MAC es tentadora, pero sólo si sale bien”. Mónica Mayer, “Museo de Arte Contemporáneo”, columna Artes Visuales, periódico *El Universal*, 20 de julio de 2002.

⁷ Edgar Alejandro Hernández, “Piden invertir en obra, no en un nuevo museo”, periódico *Reforma*, 22 de julio de 2002.

⁸ Además se hizo restauración integral a la Casa Universitaria del Libro administrada por la UNAM desde hace veinte años.



colección de arte contemporáneo gracias a conjuntos heredados y a flamantes adquisiciones.

En conjunto, tales acciones representan un reiterado reto para la universidad más grande de Latinoamérica, ya que se trata de asumir un rol protagónico en un terreno que no es prioritariamente educativo. No es ocioso mencionar que el afianzamiento de un proyecto de tal naturaleza precisa del compromiso sostenido de la comunidad universitaria, incluyendo, por supuesto, a sus autoridades. En este sentido, cabe recordar que no es inédita su intervención en áreas que según criterios estrechos no le corresponderían, tal como ocurrió bajo la brevísima pero creativa rectoría de José Vasconcelos (1920-1921). Fue entonces, cuando ante la ausencia de una institución federal que enfrentara el desastre en que se encontraba la educación básica, acometiera la organización institucional de una publicitada campaña de alfabetización nacional que, si bien no fue exitosa en cuanto al porcentaje real de iniciados en la lecto-escritura, sí colocó el tema en la mesa de las prioridades nacionales, propiciando así el surgimiento de la Secretaría de Educación Pública.

Más aún, para un aletargado ámbito donde la generación de noveles recintos culturales y las mudanzas y perfeccionamientos de sus sedes recaen principalmente en el sector privado —sólo baste comentar que para 2009 se inaugurará un centro cultural compartido por dos instituciones que se trasladan al Centro de la Ciudad de México, Fundación Jumex y Museo Soumaya— la política cultural instrumentada por la universidad más importante del país resquebraja una inercia institucional que aqueja a no pocas dependencias educativo-culturales.